

Cuando me desperté al día siguiente nos hallamos en el puerto de Liorna: había devorado tres limones, bebido veinte y ocho francos de té y oído contar las tres emigraciones del marqués de R....

Subí al puente del buque para buscar á Jadin, y le encontré en un rincón insensible á las caricias de Milord, y á los consuelos de Onesimo; tan humillado se encontraba de haber hecho á las naciones extranjeras testigos de su debilidad. En cuanto á mi no pude tocar un limón en seis semanas, no he podido beber té en seis meses, y no podré volver á ver al marqués de R... en toda mi vida.

### LIORNA.

He visitado muchos puertos, he recorrido muchas ciudades, he tenido que habérmelas con los mozos de cordel de Avignon, con los fachini de Milan, con los posaderos de Mesina, pero no conozco una canalla como la de Liorna.

En todos los demás países del mundo, hay medio de defender uno su equipage, y arreglarse en el precio para trasportarle, y si uno no está acorde, es libre de llevarlo al hombro y hacer uno su trabajo por sí mismo.

En Liorna no hay nada de esto.

Apenas ha tocado en tierra la lancha que os trae, cuando es invadida: llueven los comisionistas; no sabéis de donde, salta una multitud, se lanzan en las barcas inmediatas, se dejan arrastrar con las cuerdas de los navíos: como veis que va á zozobrar vuestra lancha bajo el peso, pensáis en vuestra propia seguridad, os agarráis al muelle como Robinson á su roca. Despues, con muchos esfuerzos, perdido vuestro sombrero, desolladas las rodillas, destrozadas las carnes, llegáis al muelle. Bueno en cuanto á vosotros, pero en cuanto al equipage, este se ha dividido en otros tantos lotes cuantos bultos son. Teneis un mozo de cordel para el cofre, un mozo de cordel para el sombrero, un mozo de cordel para el paraguas, un mozo de cordel para el baston, y si sois dos, esto hace diez mozos de cordel; si sois tres, quince: como nosotros éramos cuatro, tuvimos veinte. Un veinte y uno quiso coger á Milord; Milord, que no entiende de chanzas, le pegó un bocado en las pantorrillas. Fue preciso morderle en la cola para que desenchajase los dientes. El mozo de cordel nos dijo gritando, que le habia estropeado nuestro perro, y que nos habian de condenar á una mul-

ta. Se amotinó el pueblo, y llegamos á nuestra Pension Suiza, con veinte mozos de cordel y doscientas personas detrás.

Nos costó cuarenta francos por cuatro baulles, tres ó cuatro sombrereras, dos ó tres neceseres, uno ó dos paraguas y un baston: además diez francos por la mordedura del mozo de cordel; es decir, cincuenta francos por haber dado cerca de cincuenta pasos. Justamente tanto como nos habia costado el transporte para venir desde Génova.

Tres veces he vuelto á Liorna: las dos últimas ya estaba preparado, habia tomado las precauciones, estaba en guardia, pues cada vez he pagado mas caro. Al llegar á Liorna es preciso ir como al atravesar las lagunas Pontinas, contar con los ladrones. La diferencia está en que al atravesar las lagunas Pontinas, escapa uno alguna vez: pero en Liorna, jamás.

Todavía esto no seria nada, si al llegar á Liorna, en lugar de ir á una de las infames tabernas que usurpan el respetable nombre de posadas, se hiciese venir un veturino y se metiese uno dentro del carruage, no importa, ya que es preciso, que se marchase por Pisa á Florencia. Pero no, puesto que se está en Liorna, es preciso ver Liorna, que no vale la pena, porque no hay mas que tres cosas que ver en la ciudad: los presidiarios, la estatua de Fernando I, y la Madonna de Montenero.

Los galeotes están mezclados en la poblacion, y se ocupan en toda clase de trabajos: barrian, labran piedras, arrastraban carretones, y estaban vestidos de un pantalon amarillo, de un gorro encarnado, y su chaqueton parduzco, del que seria difícil especificar el primitivo color. Sobre la espalda de aquel chaqueton está indicado el crimen por el que el primer propietario de la chaqueta ha sido condenado; pero como sucede frecuentemente que el presidio gasta al criminal antes que el criminal gaste el vestido, este corre con su letrero sobre la espalda del que le sucede. Resulta que para los galeotes toscanos la chaqueta es un asunto de consideracion, es una semigracia, ó una condenacion doble. Como los galeotes son los únicos que piden y no toman en Liorna, la cuestion para el industrial es tener un chaqueton que despierte la conmiseracion pública. Hay crimenes que todo el mundo desprecia, mientras que hay otros que todo el mundo compadece. Nadie da limosna á un ladrón ó un falsario: todos la dan á un asesino por amor. Así, aquel que tiene un vestido semejante no tiene que ocuparse mas que de cepillarlo, porque todos le detienen para hacerle contar su aventura. Vimos nosotros uno que hacia llorar ardentemente á dos inglesas, y tal vez íbamos á llorar como ellas, cuando su camarada, á quien habia rehusado probablemente una parte de su producto, nos le denunció como un ladrón con fractura. El verdadero *Assasino per amore*

habia muerto hacia ocho años, y su vestido habia hecho ya la suerte de tres de sus sucesores. Di un medio paulo á aquel buen hombre que llevaba escrito en letras gordas sobre la espalda la palabra *ladron*, casualidad que le habia arruinado, porque en vano decia que era incendiario: nadie le queria creer: así, en su agradecimiento por una propina tan inesperada como rara, prometió encomendarme á Dios. Volví atrás para rogarle que no hiciese nada, presumiendo que mas valia para mí llegar al cielo sin recomendacion que no con la suya.

Sobre la plaza de la Dársena se levanta la estatua de Fernando I. Como no tengo gran cosa que decir sobre Liorna me aprovecharé de ella para contar la historia de este segundo sucesor del Tiberio toscano, así como la de Francisco I su hermano, y de Bianca Capello su cuñada. Muchas novelas hay menos curiosas y dramáticas que esta historia.

A fines del reinado de Cosme el Grande, es decir, al principio del año 1563, un jóven llamado *Pietro Bonaventuri* descendiente de una familia honrada, pero pobre, habia ido á buscar fortuna á Venecia. Uno de sus tíos, que tenia el mismo nombre que él, y que habitaba la serenísima ciudad hacia veinte años, le recomendó á la casa del banquero Salviati, de que él era uno de los correspondientes. El jóven era de buena figura; poseia muy buena letra: hacia cifras como un astrólogo: fué, pues, recibido sin dificultad, como tercero ó cuarto dependiente, con la promesa de que si se portaba bien, podria además de su alimento, en tres ó cuatro años, llegar á ganar ciento cincuenta ó doscientos ducados. Semejante promesa era mas que lo que el pobre Bonaventuri habia podido soñar en los delirios mas ambiciosos. Besó la mano de su tío; prometió á Salviati portarse de modo que fuese el modelo de toda la casa. El pobre Pietro deseaba cumplir su palabra; pero el diablo que en todo se mete vino á echar por tierra sus buenas intenciones.

Enfrente de la casa de Salviati moraba un rico señor veneciano, jefe de la casa Capello, el que tenia un hijo y una hija. El hijo era un buen mozo, con barba puntiaguda, bigote retorcido, hablar fácil é insolente; lo que hacia que tres ó cuatro veces al mes sacase la espada ó por el juego, ó por las mugeres, porque en política no se mezclaba, encontrándola demasiado seria para ser discutida por otros que no tuviesen las barbas grises. Dos veces habian traído á la casa paterna á Giovanino perforado de parte á parte, pero sin duda porque el diablo hubiera perdido en su muerte, Giovanino habia vuelto en sí. Sin embargo, como el padre era un hombre sensato, y habia pensado que no siempre tendria la misma fortuna, habia renunciado á la idea que habia tenido en un principio de hacer religiosa á su hija á fin de duplicar la fortuna

de su hijo. Temió que pasando la mejor noche de este mundo al otro Giovanino, no se quedase á la vez sin hijo y sin hija.

En cuanto á Bianca era una criatura encantadora, de quince á diez y seis años, con un tinte blanco mate, en el que á cualquiera emocion pasaba la sangre como una rosada nube: con cabellos de ese rubio poderoso, de que Rafael acababa de hacer una belleza, con ojos negros llenos de fuego; talle esbello y flexible, pero de esa ligereza y flexibilidad que se sienten llenas de fuerza, dispuestas al amor, como Julieta, y que no esperan sino el momento en que algun lindo Romeo se encuentre al paso para decirle como la hija de Verona: seré tuya ó del sepulcro.

Vió á Pietro Bonaventuri: la ventana del cuarto del jóven caía sobre el cuarto de la jóven. Al principio cambiaron sus miradas: despues se hicieron señas, despues promesas de amor; llegados aquí, solo la distancia les impedia el darse pruebas; esta distancia la pasó Bianca. Cada noche, cuando todo el mundo se habia recogido en casa del noble Capello, cuando la nodriza que habia criado á Bianca se habia retirado al inmediato aposento, cuando la jóven poniendo la cara contra el tabique se habia asegurado de que aquel último Argos, se hallaba dormido, se ponía una bata parda para no ser vista en la calle, bajaba á tientas y ligera cual una sombra las escaleras de mármol del paterno palacio, entreabriría la puerta por dentro, atravesaba la calle; sobre el dintel en la parte opuesta hallaba á su amante. Entonces los dos con dulces abrazos subían la escalera que conducía al cuartito de Pietro. Despues cuando iba á aparecer el día volvía á bajar Bianca y entraba en su estancia, donde su nodriza por la mañana la hallaba dormida con aquel sueño de placer que tanto se asemeja al de la inocencia.

Una noche que Bianca se hallaba en casa de su amante, un mozo panadero que acababa de calentar un horno en los alrededores, encontró una puerta entreabierta y creyó que haria bien en cerrarla. Diez minutos despues bajó Bianca, y vió que le era imposible volver á entrar en casa de su padre.

Era Bianca una de esas almas fuertes que toman una resolucion en un instante, y una vez tomada son inalterables en ella: vió todo su porvenir cambiado por aquel accidente, y sin vacilar aceptó la nueva vida á que este accidente la condenaba.

Volvió á subir Bianca á casa de su amante, le contó lo que acababa de suceder, y le preguntó si estaba dispuesto á sacrificarlo todo por ella, como ella todo por él, y le propuso que se aprovecharan de las dos horas de noche que quedaban todavía para abandonar á Venecia y ponerse al abrigo de sus parientes. Aceptó Pietro Bonaventuri; saltaron los dos jóvenes en una góndola, y se fueron á buscar al guarda del puerto. Allí dióse á conocer Pe-



dro Bonaventuri; dijo que un negocio importante para la casa de banca de Salviati le obligaba á salir en aquel mismo instante de Venecia para Rimini. El guarda dió orden de dejar caer la cadena, y pasaron los fugitivos: únicamente que en lugar de tomar el camino de Rimini, tomaron apresuradamente el de Ferrara.

Adivinase el efecto que produjo en el noble palacio Capello la fuga de Bianca. Durante un dia entero aguardaron sin dar paso alguno; siempre esperaban que iba á volver la jóven: pero pasóse el dia sin adquirir noticias de la fugitiva. Preciso fué informarse. Se supo la fuga de Pietro Bonaventuri: entonces se recordaron mil hechos que habian pasado sin notarse, y que ahora se presentaban con toda su importancia. El resultado de estos datos fué el convencimiento de que los dos jóvenes se habian marchado juntos.

La muger de Capello, madrastra de Bianca, era hermana del patriarca de Aquilea; é interesó á su hermano en su venganza. El patriarca era omnipotente: se presentó al consejo de los Diez con su cuñado; declaró á la nobleza toda entera insultada en sus nombres, y pidió que Pedro Bonaventuri fuese puesto fuera de la ley como culpable de raptó. Concedida esta primera peticion, exigió que Juan Bautista Bonaventuri, tío de Pedro, de quien se sospechaba haber favorecido la evasión, fuese arrestado: se le concedió esta segunda peticion como la primera. El pobre Juan Bautista, preso por los esbirros de la serenísima república, fué arrojado en un calabozo, donde lo olvidaron en atención á la gran cantidad de personajes mucho mas considerables de quienes tenia que ocuparse el consejo de los Diez, y allí murió al cabo de tres meses de frio y de miseria.

Giovanino registró durante ocho dias todos los sitios y rincones de Venecia, diciendo que si llegaba á encontrar á Pedro y á Bianca, no habian de morir á mas mano que la suya.

Tal vez se preguntará el lector qué tienen que ver estos jóvenes amantes huyendo de noche de Venecia, y perseguidos por una familia ultrajada, con Fernando, hijo segundo de Cosme el Grande, y cardenal entonces en Roma. Pronto van á saberlo.

Habiendo entretanto llegado los fugitivos á Florencia sin novedad, pero muy cansados, como es fácil pensar, se habian refugiado en casa del padre de Bonaventuri, que habitaba un cuartito en un piso segundo de la plaza de San Marcos. Los hijos son siempre bien recibidos en casa de los padres pobres. Bonaventuri y su muger recibieron á su hijo y su hija con los brazos abiertos: despidieron á la criada para economizar una boca inútil y de temer, ora se abriese para comer, ora para hablar: la madre se encargó de los quehaceres de la casa: Bianca, cuyas blancas manos no podian descender á aquellos vulgares trabajos, comenzó á bordar verdaderas tapicerías, pro-

pias de una encantadora. El padre de Pietro, que vivia de copias que hacia para los oficiales públicos, anunciaba que habia tomado un escribiente y que podia trabajar doble. Dios bendijo el trabajo de todos, y la pobre familia fué viviendo.

No hay que decir que la sentencia dada por el tribunal de los Diez habia sido comunicada al gobierno florentino, el cual habia autorizado á Capello y al patriarca de Aquilea para que hiciesen las pesquisas necesarias, no solamente en Florencia, sino tambien en toda Toscana. Estas pesquisas habian sido inútiles: todos tenian demasiado interés en guardar su propio secreto.

Pasáronse así tres meses sin que la pobre Bianca habituada á todas las delicadezas del lujo, dejase escapar una sola queja sobre su miseria. Su única distracción era mirar á la calle levantando poquito á poco su persiana; pero no se la oía ni aun envidiar á la pobre prisionera la libertad de los que pasaban por la calle alegres ó tristes.

Entre los que pasaban era uno el jóven gran duque, que cada dos dias iba á ver á su padre á su palacio de la Petraja. Ordinariamente hacia á caballo este viage Francesco. Despues, como era jóven, galan y buen mozo, todas las veces que pasaba sobre algun punto público ó pensaba poder ser visto por lindos ojos, hacia caracollear á su caballo; pero ni su juventud, ni su belleza, ni su elegancia preocupaban á Bianca cuando le veía pasar: era la idea de que aquel gentil principe, tan poderoso como agraciado, no tenia que decir mas que una sola palabra para que la condena que pesaba sobre ella desapareciese, y Bonaventuri fuese libre y feliz. A esta idea los ojos de la veneciana despedían un fuego que redoblaban su brillo. Cada dos dias, á la hora en que ella sabia que debia pasar el principe, no dejaba de ponerse á la ventana y levantar su persiana. Un dia alzó el principe los ojos por casualidad, y vió brillar á la sombra proyectada por la persiana los ardientes ojos de la jóven. Bianca se retiró vivamente, tan vivamente, que dejó caer un ramillete que tenia en la mano. Apeóse del caballo el principe, recogió el ramillete; se detuvo un instante para ver si volvía á aparecer de nuevo la hermosa vision: despues viendo que permanecia baja la persiana, puso el ramillete en el pecho de su justillo, y continuó su camino al paso, volviendo la cabeza dos ó tres veces antes de desaparecer.

A la mañana siguiente volvió á pasar á la misma hora: empero aunque Bianca estaba toda trémula detrás de la persiana, la persiana permaneció cerrada, y ni la mas pequeña flor se deslizó entre sus barras. Dos dias despues volvió á pasar todaví el principe; pero la persiana permaneció inexorable, por mas que interiormente el príncipe le dirigiese sus oraciones.

Entonces pensó que debia tomar otro rumbo. Volvió á su casa; hizo llamar un gentil hombre español llamado Mondragon, que habia colocado á su lado su padre, y que se habia hecho su confidente: púsole la mano en el hombro; le miró cara á cara, y le dijo:

—Mondragon, en la plaza de San Marcos, en el piso segundo de la casa que hace esquina entre la plaza de Santa Croce y la via Larga, hay una jóven que he conocido que no es de Florencia: es bonita, me gusta: de hoy en ocho dias necesito tener una entrevista con ella.

Mondragon sabia que hay ciertas circunstancias en que la primera cualidad de un cortesano es el ser lacónico.

—La tendreis, monseñor, respondió.

Y fué á buscar á su muger, y la contó muy alegre y gozoso el honor que acababa de hacerle el principe eligiéndole por su confidente. La muger de Mondragon era lista en esta clase de intrigas: dijo á su marido que continuase sirviendo al principe, que ella se encargaba de todo. En el mismo dia tomó su informe, y supo que el piso que designaban estaba habitado por dos familias, la una jóven y la otra anciana; que la muger anciana salia todas las mañanas á la compra; que los dos hombres salian todas las noches para ir á llevar las copias que habian hecho durante el dia, pero que la jóven no salia nunca.

La muger de Mondragon resolvió ir á buscar la jóven hasta en la casa, puesto que se decía que era imposible hacerla salir fuera.

A la mañana siguiente la muger de Mondragon se emboscó á veinte ó treinta pasos de la puerta; despues, cuando salió la muger, como de costumbre, mandó á su cochero que saliese al galope, y que se compusiese de modo que al revolver la calle atropellase aquella muger, pero haciéndola el menos mal posible. No era tal vez el medio menos peligroso, pero era el mas corto. Es preciso que aventuremos algo los pequeños cuando tienen el honor de tener que hacer con los grandes.

El cochero era un hombre muy diestro, derribó á la buena muger en el suelo, sin hacerla mas que dos ó tres contusiones. La buena muger gritó mucho, pero la Mondragon se bajó de su carruaje, calmó al populacho diciéndole que su cochero recibiría al volver á su casa veinte y cinco palos; cogió la herida en sus brazos; la hizo colocar en su coché por dos lacayos, y declaró que queria llevarla á su casa, y que no se separaría de ella sino cuando el médico hubiese dicho que aquella desgracia no tenia consecuencia. Poco faltó para que la Mondragon no fuese llevada en triunfo por el pueblo.

Llegaron á casa de los Bonaventuri. Desde la primera mirada la Mondragon vió que tenia que habérselas con gentes pobres, y como de costumbre, tasó la virtud de la jóven por el valor del cuarto que habitaba.

Presentáronla á Bianca. A su vista la Mondragon, por hábil que fuese, no supo á qué atenerse. Es que habia en Bianca, estuviere vestida de la manera que estuviere, toda la altivez de los Capellos: ademas, sus términos eran elegantes, escogidos; se revelaba por todos lados la gran señora bajo el exterior de la pobre doncella. La Mondragon se retiró sin comprender de todo esto mas que el que habia allí tela para hacer la querida del principe, y su fortuna tambien, si llegaba á salir bien con la empresa.

Volvió al dia siguiente á tomar noticias de la buena muger. Iba muy bien, y se hallaba sumamente agradecida de que una señora de tan alta clase se dignase ocuparse de ella. La Mondragon habia comprendido su gente: era demasiado diestra para ofrecer dinero; pero dejó ver la posicion que ocupaba su marido en la corte y ofreció sus servicios. La madre y la hija se echaron una mirada; bastó esto para que la Mondragon supiese que serian aceptados sus servicios.

Al dia siguiente volvió por tercera vez, y esta vez estuvo mas amable que las otras dos. Habia desde la vispera dejado ver á Bianca que no se dejaba engañar por el incógnito con que trataba de rodearse, y que la reconocia por ser de ilustre casa. Trató de ganar su confianza: la joven no tenia ningun motivo para desconfiar de ella: se lo contó todo: la Mondragon escuchó la confidencia con una encantadora benevolencia; pero terminada la confidencia dijo á Bianca que como su situacion era mas grave de lo que al principio habia pensado, era á su marido á quien era preciso contarle todo; que ademas la cosa de seguro se arreglaría, porque Mondragon tenia toda la confianza del principe como amo y como amigo. En consecuencia la ofreció que vendría á buscarla al dia siguiente con su suegra para llevarla á casa de su marido. Asustada Bianca de salir así por la primera vez despues de tres ó cuatro meses que se hallaba en Florencia, y amenazada como lo estaba por la sentencia del consejo de los Diez, trató de escusarse sobre la sencillez de sus vestidos que no la permitian presentarse de aquella manera ante un gran señor como el conde de Mondragon. Allí la aguardaba la tentadora. Se aproximó á ella; vió que casi eran las dos de una misma estatura, y añadió que sino habia mas obstáculo para que no fuesen que lo sencillo del traje de Bianca, era muy fácil de superar ese obstáculo porque traería al dia siguiente un vestido completo que le habian enviado de la corte; vestido que estaba segura le sentaría tan bien á Bianca como si hubiera sido hecho para ella.

Bianca consintió en todo: este era el único modo de obtener el salvo-conducto: tal vez tambien la serpiente del orgullo se habia introducido en el paraiso de su amor.

Sin embargo, Bianca contó todo á su ma-



rido, escepto lo del ramillete caído por la ventana y recogido por el gran duque Francisco. Además, ¿qué relación tenía aquel ramillete con el conde y la condesa de Mondragon? Pesaba tanto la situación á Pedro como á Bianca: consintió en todo. Además, él tenía también sus secretos: hacia dos ó tres días que una hermosa señora, una dama cubierta con un velo se había interpuesto entre él y su muger. Aunque de pobre condición Bonaventuri tenía todos los gustos de un caballero, y la fidelidad ya se sabe que no era en aquella época la virtud de que más se preciaba la nobleza.

La Mondragon llegó á la hora convenida y con el vestido prometido. Era un hermoso traje de seda matizado de oro, cortado á la española, y que sentaba á Bianca como si hubiese sido hecho para ella. Estremecióse la jóven de alegría al tacto de aquellas telas aristocráticas con que se había vestido desde su cuna. Es preciso telas de brocado y de terciopelo para barrer las escaleras de mármol de los palacios. Bianca había sido criada en un palacio.

Una bocanada de funesto é inesperado viento la había arrojado en la desgracia; pero era jóven, hermosa, y el mal producido por la casualidad podía repararlo la casualidad. La juventud tiene inmensos y desconocidos horizontes en los que se distinguen cosas que la niñez no ve todavía, y que la vejez no verá más.

La madre de Bonaventuri admiraba á su hija con las manos juntas cual si se hallase delante de una Madona.

Subieron todas tres en el carruaje, y se fueron al palacio Mondragon, que estaba situado *Via dei Carneschi*, cerca de *Santa Maria Novella*. Mondragon acababa de hacer edificar aquel palacio por los planos de Ammanato, y hacia un año, pues, que lo habitaba.

Como había quedado convenido, la muger de Mondragon presentó á su marido estas dos mugeres, y contó en pocas palabras las aventuras de Bianca. Mondragon prometió su protección, y como iba á ir al momento mismo á casa del duque, que le había enviado á llamar, les prometió hablar en aquel mismo día en favor de los dos jóvenes.

Bianca no podía ocultar su alegría. Hallábase en un mundo que era el suyo: sus manos tocaban de nuevo el mármol, sus pies pisaban alfombras, el lienzo y la sarga habían cesado por un instante de contristar sus ojos; hallábase delante del terciopelo y de la seda; le parecía no haber abandonado jamás el palacio de su padre, y que todo cuanto veía era suyo. Inmediatamente que salió Mondragon, la suegra de Bonaventuri quiso retirarse; pero la condesa dijo que no dejaría marchar á su protegida, sin hacerla ver antes su palacio en todas sus partes, en atención á que quería saber de ella si era tan bueno como aquellas

magníficas fábricas venecianas que tanto había oído ponderar. Rogó, pues, á la buena muger á quien aquella visita había fatigado, que descansase interin volvían; y después agarrando del brazo la condesa á Bianca, cual dos antiguas amigas, salieron del cuarto y atravesaron dos ó tres aposentos en cada uno de los cuales, la condesa hizo notar á Bianca algún mueble maravillosamente incrustado, ó algún cuadro precioso de aquellos grandes maestros que acababan de morir. En fin, llegadas á un delicioso gabinete cuyas ventanas daban sobre un jardín, obligó allí á sentarse á la jóven, y sacando de un estuche todo incrustado de marfil un adorno completo de diamantes demostró todas aquellas riquezas femeninas que ya en tiempo de Cornelia habían perdido tantos corazones de muger. Después colocándolo sobre las rodillas y empujando su silla ante uno de esos grandes espejos que había sido hecho en Venecia.

—Probaos todo esto, la dijo, mientras yo voy á buscar un vestido que acabo de hacer al estilo de vuestro país, y sobre el que quiero me deis vuestra opinión.

Y á estas palabras, sin aguardar la respuesta de Bianca, salió vivamente.

Una muger jamás está sola cuando está con alhajas, y la Mondragon dejaba á Bianca sola con los más hermosos diamantes que jamás había visto. La serpiente conocía su oficio, y sabía que manzana era preciso ofrecer á aquella hija de Eva, para que la hincase el diente.

Así, apenas hubo salido la condesa cuando Bianca se puso á probarse las alhajas; brazaletes, pendientes, diademas, todo encontró su sitio. Acababa de abrocharse un magnífico collar al cuello, cuando vió detrás de sí otra cabeza reflejarse en el espejo. Levantóse vivamente, y se encontró cara á cara con el gran duque Francisco que acababa de entrar por una puerta falsa.

Entonces con aquella rapidez de alma que la caracterizaba, lo comprendió todo. Ruborizándose de vergüenza llevó las manos á su frente, dejándose caer sobre sus dos rodillas.

—Monseñor, le dijo, soy una pobre que no tengo más bien que mi honor, que ni aun es mío, sino de mi marido: en nombre del cielo tened compasión de mí.

—Señora, la dijo el duque levantándola, ¿quién os ha dado de mí tan cruel idea? Tranquilizaos, yo no he venido aquí á tentar vuestro honor, sino á consolaros, á auxiliáros en vuestro infortunio. Mondragon me ha contado algo de vuestras aventuras; contádmelas vos misma por entero, y os prometo oiros con tanto interés como respeto.

Bianca se hallaba cogida; retroceder era parecer temer, y parecer temer, era confesar que se podía ceder; además, la ocasión que tantas veces había deseado de hacer levantar la proscripción de su marido, venía á presen-

tarse por sí misma; hubiera sido mirar su libertad y no aprovecharse de ella.

Bianca quería permanecer de pie delante del príncipe: pero éste, la hizo sentarse y permaneció apoyado sobre el respaldo de su sillón, mirándola y escuchándola. La jóven no tuvo necesidad sino de dejar hablar sus recuerdos para hacerle interesante: le contó todo desde sus juveniles y frescos amores, hasta su llegada á Florencia: allí se detuvo, yendo más lejos hubiéndose visto precisada á hablar al príncipe de él mismo: y había una cierta historia de un ramillete dejado caer por la ventana que por inocente que fuese no hubiera dejado de causarla algún embarazo.

El príncipe estaba demasiado contento para no prometerlo todo. Fué concedido el salvo-conducto tan ansiado en el mismo momento; pero con la condición de que Bianca fuese á recogerlo ella misma. Hubiera sido perder un gran favor por una pequeña formalidad; Bianca prometió á su vez lo que deseaba el príncipe.

Conocía demasiado bien Francesco á las mugeres, para haber cuidado de hablar de otra cosa en el primer día, que de el interés que se tomaba por Bianca. Sus ojos habían desmentido algo á su boca; pero, ¿cómo sujetar los ojos cuando miran á una muger hermosa?

Apenas había salido el príncipe cuando volvió á entrar la condesa. Al verla Bianca corrió á arrojarle en sus brazos. La Mondragon no tuvo necesidad de más explicación para comprender que la había perdonado su traicioncilla. Ya ve el lector que nos vamos acercando al cardenal Fernando, pues que estamos ya en su hermano.

La suegra no supo nada de lo que había pasado, y Bonaventuri supo únicamente que tendría el salvo-conducto. Pareció causarle esta noticia una alegría tan grande, que si Bianca hubiera sabido la felicidad que con ella le causaba, no hubiera encontrado demasiado caro el adquirirlo teniendo que ir ella misma á recibirlo de las manos de un jóven y hermoso príncipe.

Aguardó, pues, con impaciencia el momento de volver á ver al gran duque. Tanto interés tenía de traer aquel bienhadado papel que Pietro estimaba en tanto precio. ¡Ay! aquel papel no era tan codiciado por Pietro, sino porque le daba libertad para seguir de día á la dama del velo que no había podido seguir sino por la noche.

Sucedió lo que debía suceder. Pietro fué el amante de la dama del velo y Bianca fué la querida del duque. Sin embargo, en atención á que Cosme negociaba en aquella época el matrimonio del gran duque Francisco con la archiduquesa Juana de Austria, se convino entre los dos amantes en que permanecería secreta la intriga: en el entretanto se dió á Pietro Bonaventuri un empleo que bastaba

para el bien estar de toda su pobre familia.

El matrimonio proyectado se hizo: el jóven gran duque observó durante un año toda la conveniencia de la política, no visitando á Bianca si no de noche, y saliendo siempre de su palacio solo y disfrazado; pero al cabo de un año, habiendo recibido del gran duque su padre una carta en que le decía que semejantes paseos eran peligrosos para un príncipe, dió á Pietro un empleo en el palacio Pitti y compró para Bianca la linda casa que todavía se ve hoy en la *Via Maggiore*, coronada con las armas de los Médicis. Así Bianca se encontró tan cerca de Francisco que no había necesidad, por decirlo así, mas que de atravesar la plaza de Pitti para hallarse en su casa.

Sábense las disposiciones que tenía Pietro á la disipación y á la insolencia: su nueva posición las dió nueva fuerza. Lanzóse immoderadamente en las orgías, en el juego y en las aventuras galantes y amorosas: se hizo muchos enemigos, entre los bebedores á quienes vencía, entre los jugadores á quienes ganaba su dinero y entre los maridos á quienes burlaba, tanto, que una mañana lo encontraron atravesado con cinco ó seis puñaladas en un corredor al extremo del puente viejo.

Hacia tres años que los dos amantes habían salido de Venecia jurándose amor eterno, y hacia dos que cada cual por su lado había olvidado sus promesas.

Resultado de esto, que Pietro fué poco llorado, aun de su muger, para la que hacía mucho tiempo era un extraño. Solo la buena anciana madre murió de pesar al ver morir así á su hijo.

La pobre Juana de Austria por su parte no era feliz, era gran duquesa en el nombre, empero Bianca Capello lo era de hecho. Para los empleos, para las gracias, para los favores, dirigíanse los cortesanos á la veneciana. La veneciana era omnipotente: tenía pages, una corte entera: los pobres solo acudían á la gran duquesa Juana. Como esta era una muger piadosa, como ordinariamente lo son las princesas de la casa de Austria, ofreció religiosamente sus pesares á Dios. Dios echó una mirada compasiva sobre ellas, vió lo que padecía y la sacó de este mundo.

Atribuyeron esta muerte á aquel hermano de Bianca que había venido á Florencia, y Francisco le había hecho tan magnífico acogimiento que no hubiera hecho más por un rey reinante, lo que según el pueblo, causó tanto disgusto á la desgraciada Juana que malparió; tanto que en lugar de un segundo hijo, que contaba Florencia acompañar alegremente al baptisterio, no vió más que dos cadáveres que acompañó tristemente al sepulcro.

Sin embargo, el gran duque no era hombre malo, era débil y nada más. Aquel sordo y lento dolor que minaba la existencia de su muger, le causaba de tiempo en tiempo una tristeza que se parecía al remordimiento. En



el momento de morir Juana trató de aprovecharse de aquel sentimiento; hizo venir á la cabecera de su cama al gran duque que desde que habia caído enferma se habia manifestado muy cuidadoso y muy benévolo con ella. Sin hacerle reconvenções sobre sus pasados amores, le suplicó que viviese mas religiosamente en el porvenir.

Francesco anegado en lágrimas, besando las manos de su muger, la prometió no volver á ver á Bianca. Juana se sonrió tristemente, meneó la cabeza con aire de duda, murmuró una oración en la que el gran duque oyó muchas veces su nombre y espiró.

Dejó de su matrimonio tres hijas y un hijo.

Durante cuatro meses cumplió Francisco su palabra.

Durante cuatro meses Bianca no estuvo desterrada, pero sí alejada de Florencia. Bianca conocia su poder, dejó pasar el tiempo del dolor, de los remordimientos y del juramento del gran duque. Despues un dia le salió al encuentro: y dolor, remordimientos y juramento, todo quedó olvidado.

Tenia ella por confesor un capuchino diestro é intrigante como un jesuita: hizo que el príncipe lo nombrase tambien su confesor. El príncipe le confió sus remordimientos: el capuchino le dijo que el único medio de aplacarlos era casarse con Bianca. Ya lo habia pensado el gran duque. Su padre Cosme el Grande le habia abierto el camino casándose en su vejez con Camila Mantelli. Habíase murmurado y criticado mucho este matrimonio; pero al fin concluyó todo el mundo por callar. Francisco pensó que le sucederia lo mismo que á su padre, y siempre escitado por el capuchino se decidió por fin á poner en armonía su conciencia con sus deseos.

Hacia largo tiempo que los cortesanos habian notado el lado por donde soplabá el viento, y habian hablado al gran duque de esta clase de matrimonios como de la cosa mas sencilla, citando todos los ejemplos que su memoria les podia suministrar, de príncipes eligiendo sus esposas en una familia no real.

La lisonja acabó de decidir á Francesco. Venecia, que en aquel momento tenia necesidad de Florencia, declaró á Bianca Capello hija de la república, tanto que mientras el cardenal Fernando, que no sabia el propósito de su hermano, le andaba buscando una muger entre todas las córtés de Europa, se desposaba secretamente con Bianca en la capilla del palacio Pitti.

Habíase determinado que permanecería el matrimonio en secreto; pero esto no era el negocio de la gran duquesa. No habia llegado tan alto para defenderse en el camino, y aun no habian pasado seis meses, cuando en público como en secreto, en el trono como en el lecho, habia ocupado el puesto de la pobre Juana de Austria.

Hacia esta época fué cuando Montaigne, disuadido por un alemán que habia sido robado en Espoleto, de ir á Roma por la Marca de Ancona, tomó el camino de Florencia y fué admitido á la mesa de Bianca.

«Esta duquesa, dice, es hermosa en la opinion italiana: un rostro agradable é imperioso, el cuerpo derecho y los pechos deliciosos; me pareció tener mas de lo suficiente para haber hechizado á un príncipe y mantenerle bajo su dominio hacia mucho tiempo. El gran duque echaba bastante agua en el vino; ella casi nada.»

Póngase este retrato al lado del de Broncino, y se verá que los dos se parecen; únicamente hay en el cuadro del sombrío pintor toscano un carácter de fatalidad que no se halla bajo la pluma del sencillo moralista francés.

Tres años despues del matrimonio de Francisco y de Bianca, es decir, á principios del año de 1583, murió el joven archiduque, dejando el trono de Toscana sin herederos directos. Por esto, á falta de herederos directos, el cardenal Fernando iba á ser gran duque á la muerte de su hermano.

En 1573 el gran duque Francisco habia tenido un hijo de Bianca; pero siendo este hijo adulterino, no podia suceder á su padre: además, contaban cosas muy singulares sobre su nacimiento. Contaban que Bianca, viendo que jamás tendria probablemente otro hijo que una niña que habia tenido de su marido, que se llamaba Pelagena, habia resuelto suponer uno. En consecuencia se habia entendido con una nodriza bolonesa en quien tenia toda su confianza, y he aqui lo que cuentan.

Habia fingido Bianca todas las indisposiciones y síntomas ordinarios de un embarazo: muy pronto á aquellas indisposiciones se reunieron los signos exteriores, tanto que no habiendo ya ninguna duda, el gran duque habia anunciado el mismo á sus mas íntimos amigos que Bianca iba á hacerle padre. Desde entonces se aumentó el crédito y el favor de la favorita; se anticipaban á todos sus deseos, y todos sus cortesanos mas solícitos se jactaban de haberle pronosticado un hijo.

La noche del 29 al 30 de agosto de 1576 fué la escogida para el parto: sobre las once de la noche Bianca anunció á su marido que comenzaba á sentir los primeros dolores. Francisco temblando y alegre á la vez, declaró que no se separaría de ella hasta que hubiese parido. No era esto lo que queria Bianca; así hácia las tres de la madrugada comenzaron á aplacarse los dolores, y la partera declaró que probablemente no se verificaria el parto sino dentro de tres ó cuatro horas. Entonces Bianca insistió para que Francisco, cansado desde la víspera, fuese á tomar algun reposo. Cedió Francisco con condicion de que lo despertarían inmediatamente que su querida Bianca comenzase á tener dolores. Bianca lo prome-

tió y con esta promesa se retiró el gran duque.

Dos horas despues fueron á despertarle en efecto, pero para anunciarle que era padre de un niño. Corrió al cuarto de Bianca, que en cuanto lo vió á lo lejos le presentó á su hijo. Pensó volverse loco de alegría el gran duque, y el niño fué bautizado con el nombre de Antonio, por haber declarado Bianca que debia la primera concepcion que la hacia tan feliz á la devocion de este gran santo.

Diez y ocho meses despues del parto de Bianca enviaron á su patria á la bolonesa que habia manejado toda esta intriga. La nodriza marchó sin desconfianza y llena de regalos; pero al atravesar las montañas, el caruaje en que iba fué atacado por unos hombres enmascarados que hicieron fuego sobre ella y la dejaron por muerta, herida por tres balazos de arcabuz. Sin embargo, contra todas las esperanzas, volvió á recobrar sus sentidos, y como el juez de la aldea á donde habia sido transportada la hiciese un interrogatorio, declaró que habiéndosele caído la máscara á uno de aquellos hombres, habia reconocido en él un esbirro al servicio de Bianca; que además habia merecido aquel castigo, aunque no esperaba recibirlo de semejante mano, por haber ayudado á engañar al gran duque Francisco dando á su querida el consejo de hacerse pasar por embarazada, y adoptado el proyecto, llevando ella misma en un cesto el niño que habia parido la víspera una pobre muger. Este niño no era otro sino el que se habia educado con el título de príncipe y bajo el nombre de don Antonio. Hecha esta confesion, espiró la muger. Inmediatamente se envió á Roma el sumario al cardenal Fernando, que hizo sacar una copia que dirigió á su hermano. Pero le fué fácil á Bianca hacer creer á su amante que todo esto no era mas que una intriga urdida contra ella, y esto aumentó el amor del gran duque viendo perseguida á su amante.

Compréndese bien que el negocio habia ocasionado demasiado escándalo para que don Antonio pudiese pretender la herencia de su padre. El trono, pues, iba á recaer, si la gran duquesa no tenia otro hijo, en el cardenal, y Francisco mismo comenzaba á perder las esperanzas de tal felicidad, cuando Bianca anunció un segundo embarazo.

Esta vez el cardenal se prometió vigilar él mismo el parto de su cuñada, á fin de que no le hiciesen un nuevo escamoteo. En consecuencia, comenzó por reconciliarse con su hermano Francisco diciéndole que esta nueva prueba de fecundidad que iba á dar la gran duquesa le probaba bien que habia sido engañado en la primera por una falsa relacion. Francisco, feliz con ver á su hermano desengañado, se reconcilió con él con toda la franqueza de su corazón. Aprovechóse el cardenal de estas disposiciones para venir á instalarse en el palacio Pitti.

La llegada del cardenal fué medianamente

bien recibida por Bianca, que no se la ocultaba la verdadera causa de aquella recrudescencia de amor fraternal. Conocia Bianca que tenia en el cardenal un espía de todos los instantes; así por su parte estuvo tan alerta que no fué posible cogerla en un descuido. El cardenal mismo dudaba. Si este embarazo no era una realidad, la comedia estaba hábilmente representada: però tanta destreza le obligó á no quedarse atrás en habilidad.

Llegó el día del parto. El cardenal no podia permanecer en el cuarto de Bianca; pero se colocó en el aposento vecino, por el cual era necesariamente preciso pasar para llegar á donde estaba ella. Allí se puso á rezar en su breviario andando á grandes pasos. Al cabo de una hora de paseos vinieron á rogarle de parte de la enferma que pasase á otro cuarto en atención á que la incomodaba.

—Que haga su negocio, que yo hago el mio, respondió el cardenal.

Y sin querer oír mas, continuó paseando.

Un instante despues entró el confesor de la gran duquesa. Era un capuchino de ancho hábito. El cardenal se fué á él y le cogió en sus brazos para recomendarle su hermana con un afecto enteramente particular.

Al abrazar al buen fraile sintió el cardenal ó creyó sentir, una cosa estraña en su grande manga: metió allí la mano y sacó un robusto muchacho.

—Hermano, le dijo el cardenal, ya estoy mas tranquilo, y estoy seguro al menos de que mi cuñada no morirá de parto.

Comprendió el fraile que lo mejor era evitar el escándalo, y preguntó al cardenal lo que debia hacer.

El cardenal le dijo que entrase en el cuarto de la gran duquesa, que la dijese al confesarla lo que acababa de suceder: según ella hiciese obraría el cardenal. El silencio traeria el silencio y el ruido traeria el ruido.

La gran duquesa vió que por esta vez era preciso renunciar á dar un heredero á la corona, y tomó el partido de malparir. Por su parte el cardenal cumplió la palabra, y no se supo nada de aquella tentativa abortada.

Resultó que nada turbó la buena armonía que reinaba entre los dos hermanos. Al otoño siguiente el cardenal fué invitado por Francisco á venir á pasar los dos meses de *Villeggiatura á Poggia á Cajano*. Aceptó porque era muy aficionado á la caza, y el palacio de *Poggia á Cajano* era uno de los sitios reservados para cazar el gran duque Francisco.

El dia mismo de la llegada del cardenal, Bianca, que sabia que al cardenal le gustaban mucho las tortas hechas de cierto modo, quiso prepararle ella misma una. Supo el cardenal por el gran duque Francisco la intencion de su cuñada, y como no tenia una gran confianza en su reconciliacion, aquella galantería no dejó de alarmarle. Afortunadamente poseia el cardenal un ópalo que le habia sido regala-



lado por el papa Sisto V, y cuya propiedad era la de volverse negro cuando se le aproximaba á una sustancia envenenada. No dejó de hacer el cardenal la prueba sobre la torta preparada por Bianca. Sucedió lo que había previsto. Al acercarle á la torta, el ópalo se oscureció, y el cardenal declaró que habiéndolo pensado bien no comería la torta. Insistió el duque un instante; mas viendo que eran inútiles sus instancias:

—Pues bien, dijo volviéndose hácia su muger, puesto que mi hermano no come su plato favorito, me lo comeré yo, á fin de que no se diga que una gran duquesa se ha hecho pastelera inútilmente.

Y se sirvió un pedazo de la torta.

Hizo Bianca un movimiento para impedirlo, pero se contuvo.

Era horrible la posición, era preciso que confesase su crimen ó que dejase morir á su marido emponzoñado. Echó una rápida ojeada sobre su pasada vida y vió que había agotado todos los goces de la tierra y alcanzado todas las grandezas humanas.

Fué rápida su determinación cual lo había sido el día en que había huido de Venecia con Pietro: cortó un pedazo de torta igual al que había comido el gran duque, le alargó una mano y comió con la otra sonriendo, el pedazo envenenado.

A la mañana siguiente Francesco y Bianca habían muerto. Un médico abrió sus cuerpos por orden de Fernando y declaró que habían sucumbido de una fiebre maligna. Tres días después el cardenal había arrojado su capelo y subido sobre el trono.

Esta es la historia de la estatua que se levanta sobre la plaza de la Dársena de Liorna. La carrera del cardenal fué todavía notable por otros muchos actos; testigo los cuatro esclavos encadenados que adornan el pedestal de su estatua: pero creemos haber contado la parte mas curiosa y mas interesante de su vida, y si además quieren nuestros lectores conocer mas detalles pueden consultar á *Galucci*.

Como en la plaza además de la estatua hay una porción de coches de alquiler, subimos á uno de ellos y nos hicimos llevar á la iglesia de Montenero. Encierra esta iglesia una de las madonas mas milagrosas que existen. Quiere una tradición popular decir que esta santa imagen natural del monte Eubea en el Negro-Ponto se cansó un día de su patria. Sintiendo un deseo de locomoción bien lisonjero para el Occidente, se apareció á un sacerdote y le mandó que la trasportase á Montenero. El sacerdote se informó de la parte del mundo donde se hallaba esta montaña y supo que estaba en los alrededores de Liorna. Inmediatamente se puso en camino llevando consigo la santa imagen, y después de un viage de dos meses llegó á su término, el que le fué indicado por uno de los mas señalados milagros: la madona se hizo tan pesada que fué imposible

al sacerdote dar un paso mas. Comprendió que había llegado á su destino: se detuvo pues; y con la limosna de los fieles fundó el monasterio de Montenero.

Un año después el capitán de un buque liornés habiendo hecho un viage al monte Eubea, declaró haber tomado en la montaña misma que había habitado la Madona durante dos ó tres siglos la medida del sitio que ocupaba: esta medida concordaba exactamente con su ancho y su altura.

Desde entonces ya no hubo dudas sobre la realidad del milagro sino para los artistas, que reconocieron la madona por una pintura de Margaritone, uno de los contemporáneos de Cimabue; el mismo Margaritone que creyó haber recompensado dignamente á Farinato de los Huberti llevándole, cuando salvó á Florencia, después de la batalla de Monte Aperto, un crucifijo pintado por su mano. Castigó Dios su orgullo: el pobre anciano murió de pesar al ver los progresos que Cimabue había hecho hacer al arte.

Recomendamos á los artistas la Madona de Montenero como un monumento curioso de la pintura griega del siglo trece.

Por la noche al volver nos ajustamos con un veturino y al día siguiente á las nueve salimos para Florencia.

## REPUBLICAS ITALIANAS.

Una palabra de historia sobre la Italia que vamos á recorrer: dando primero la vuelta al tronco, veremos después en seguida en que dirección se extienden todas las ramas.

Dios puso seis días en su Génesis, la Italia seis siglos en el suyo.

Sobre todo fueron las ciudades de las costas las primeras que se encontraron maduras para la libertad. Ya en el tiempo de Colon se había notado que los marinos eran los mas independientes de los hombres. Así como los desiertos, la mar es un refugio contra la tiranía: el hombre que se halla sin cesar entre el cielo y el agua, rico y poderoso con el espacio que tiene ante sí, tiene gran trabajo en reconocer otro señor que Dios.

Resultaba de aquí que Génova y Pisa dependían mas del imperio como ciudades del interior. Pero mas que ellas, sin embargo, se habían sustraído poco á poco á su dominio. En las expediciones que hacían por su propia cuenta á las islas de Córcega y de Cerdeña, trataban hacia largo tiempo de la paz y de la guerra, de los rescates y de los tributos, y

esto según su buena voluntad, y sin dar cuenta á nadie. Gracias á este camino hácia la independencia, estas dos ciudades se hallaban ya á fines del siglo X en un estado tan grande de prosperidad, que en 982, Oton envió siete de sus barones para obtener de la marina pisana un refuerzo de galeras que le auxiliase en su expedición de Calabria. Mientras se hallaban en Pisa murió Oton. Esta muerte hacia inútil su viage, pero no sin envidiar la suerte de los toscanos, que habían visto la fertilidad de sus llanuras y la riqueza de sus ciudades. Seducidos por las promesas de porvenir que el cielo había hecho á aquel hermoso país, obtuvieron de la municipalidad los títulos de ciudadanos, y de su obispo la infeudación de algunos castillos. Este fué el tronco de las siete familias pisanas que permanecieron tres siglos á la cabeza de la fracción güelfa ó de la gibelina. Se llamaban Visconti, Godimari, Orlandi, Vecchionessi, Güalanti, Sisonidi, Lanfranchi.

Por su parte Génova, tendida al pie de sus áridas montañas que la separan cual un muro de la Lombardia, orgullosa con uno de los mas bellos puertos de Europa, poblado ya de buques en el siglo X, sacando de su situación el beneficio de hallarse aislada de la sede del imperio, se entregaba con todo el ardor de su juvenil existencia, al comercio y á la marina. Saqueada en 936 por los sarracenos, poco menos de un siglo después se aliaba con los pisanos para ir á llevarles á Cerdeña el hierro y el fuego que habían venido á traer de la Liguria: y Caffaro, autor de su primera crónica comenzada en 1104 que llega á 1164, nos dice que en aquella época, Génova tenía ya magistrados supremos, y aquellos magistrados llevaban el título de cónsules que gobernaban alternativamente en número de cuatro ó de seis, y que permanecían en sus puestos tres ó cuatro años.

En cuanto á las ciudades del centro de la Italia, habían quedado rezagadas. El espíritu de libertad que había pululado sobre las costas había pasado sobre Milan, sobre Florencia, Perusa y Arezzo, ciudades que no teniendo mar para lanzar en él sus velas, habían continuado sus señores obedeciendo á los emperadores; cuando el monge Hildebrando fué llamado en 1075 al pontificado bajo el nombre de Gregorio VII. Enrique IV reinaba entonces.

Apenas habían pasado tres años desde la exaltación del nuevo papa, en el que debía personificarse la democracia de la edad media, cuando echando los ojos sobre la Europa y viendo fructificar al pueblo en todas partes como las espigas en abril, comprendió que el sucesor de San Pedro era el que debía recoger la mies de libertad que había sembrado la palabra de Jesucristo. Desde 1076 publicó, pues, una decretal que prohibía á sus sucesores someter su nombramiento al poder tempo-

ral: desde este día la silla pontifical se colocó al nivel del trono del emperador y el pueblo tuvo su César.

Sin embargo, Enrique IV no era de carácter de renunciar sus derechos, así como Gregorio VII no tenía ánimo de someterse á él: respondió á la decretal con un rescripto; su embajador vino en nombre suyo á Roma á mandar al pontífice soberano que se despojase de la tiara y que los cardenales se fuesen á su corte á fin de designarles otro papa. Encontróse la lanza con el escudo, el hierro había rechazado al hierro. Gregorio VII respondió excomulgando al emperador.

A la noticia de esta medida reuniéronse los príncipes alemanes en Terburgo, y como el emperador en su cólera se había escudido de sus derechos, que se extendían á la investidura y no al nombramiento, amenazaban despojarle en virtud del mismo derecho que él había escudido, si en el término de un año no se reconciliaba con la Santa Sede.

Enrique se vió obligado á obedecer. Se presentó como suplicante en la cima de aquellos Alpes que había amenazado pasar como vencedor: en un invierno rigoroso atravesó la Italia para ir de rodillas y descalzo á pedir al papa la absolución de su culpa. Asti, Milan, Perusa, Cremona y Lodi le vieron pasar así: y fuertes con su debilidad aprovecharon el pretexto de su excomunión para librarse de sus juramentos. Por su parte, Enrique IV temiendo irritar todavía al papa ni aun intentó hacerlas entrar en su obediencia y ratificó su libertad: ratificación que en realidad no necesitaban, así como el papa la investidura. De esta división entre la Santa Sede y el emperador, entre el pueblo y el feudalismo, nacieron las facciones Güelfa y Gibelina.

Durante este tiempo y como para preparar la libertad de Florencia, Godofredo de Lorena, marqués de Toscana, y Beatriz su muger, murieron el uno en 1070 y la otra en 1076, dejando á la condesa Matilde heredera y soberana del mas grande feudo que jamás ha existido en Italia. Casada dos veces, la primera con Godofredo el Joven, la segunda con Güelfo, perdió sucesivamente á los dos esposos y murió sin heredero, legando sus bienes á la silla de San Pedro.

Esta muerte dejó á Florencia casi libre para imitar á las demas ciudades de Italia. Erigióse, pues, en república, dando á su vez el ejemplo que había recibido á Siena, á Pistoia y Arezzo. Sin embargo, la nobleza florentina sin permanecer indiferente á la gran cuestión que dividía á la Italia no había entrado en ella con el mismo calor que las otras ciudades: había permanecido dividida, es verdad, en dos partidos pero no en dos campos. Cada uno de estos partidos observaba con mas desconfianza al otro, y si no era la paz lo que había tampoco era la guerra.

Entre las familias güelfas una de las mas no-